

Mc 3,20-35

Padre nuestro... hágase tu voluntad

Después del tiempo de Pascua y de las grandes Solemnidades de la Santísima Trinidad y del Cuerpo y la Sangre de Cristo, retomamos el tiempo litúrgico ordinario con la celebración del Domingo X y la lectura del Evangelio de Marcos (ciclo B).

Habíamos dejado la lectura de Marcos, en el Domingo VI, al final del Capítulo I. Lo retomamos ahora en Mc 3,20. Queda como tarea para los fieles leer el Capítulo II y la primera parte del Capítulo III, para comprender mejor todo lo que sigue. Es cierto que el Evangelio de Marcos está compuesto por unidades con sentido completo y, por tanto, independientes del contexto; pero también es cierto que es una obra unitaria y que esas unidades no están ubicadas en su lugar al azar. Por ejemplo, en Mc 2,1-2 dice: «(Jesús) entró de nuevo en Cafarnaúm; al poco tiempo había corrido la voz de que estaba en casa. Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya lugar, y Él les anunciaba la Palabra». Así se entiende mejor el comienzo del Evangelio de este Domingo: «Vuelve a casa. Se aglomera otra vez la muchedumbre de modo que no podían ni comer». Con estos y otros textos, queda descrita una actividad muy intensa de Jesús enseñando y rodeado de una multitud que, al escucharlo y verlo hacer milagros y expulsar demonios, pregunta: «¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad! Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen» (Mc 1,27) y, más adelante: «Quedaron todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: "Jamás hemos visto cosa semejante"» (Mc 2,12). El evangelista, a modo de resumen, dice: «Acudían a Él de todas partes» (Mc 1,45).

Ciertamente, llegaron a su pueblo de Nazaret noticias inquietantes, porque no coincidían con el anonimato y bajo perfil que había mantenido Jesús en ese pueblo durante treinta años. Así se entiende la reacción de sus conocidos: «Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de Él, pues decían: "Está fuera de sí"». Antes de seguir adelante con este tema, precisamente, para no dar la impresión de unidades independientes, el evangelista deja a los lectores esperando que esos parientes lleguen al lugar donde está Jesús rodeado de la multitud e intercala otro comentario sobre la actividad de Jesús, esta vez proveniente de los escribas que habían venido de

Jerusalén atraídos por esa misma fama de Jesús. Nosotros prescindiremos de ese procedimiento literario y seguiremos con esa primera reacción dejando, por el momento a los escribas esperando.

«Llegan su madre y sus hermanos, y quedandose fuera, lo mandan llamar». Los mismos que el evangelista había llamado «parientes» (en realidad, el texto griego dice: «los de su entorno») ahora aclara que son «su madre y sus hermanos». Los que estaban en esa casa alrededor de Jesús le pasan el mensaje: «¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están afuera y te buscan». Entre el comentario de sus cercanos: «Está fuera de sí» y este más prudente: «Te buscan», hay gran diferencia. Es que entre estos últimos está claramente indicada «su madre» y ella no puede tener sobre su Hijo la opinión de que está «fuera de sí». Ella tiene la certeza de que su Hijo, desde que dejó Nazaret para presentarse al bautismo de Juan –así comienza Marcos su Evangelio–, había comenzado su misión en este mundo y las noticias que le llegaban sobre su actividad confirmaban esa certeza. Todavía Marcos no nos ha informado sobre el hermoso nombre de su madre, María. Lo hará una sola vez y de modo indirecto, precisamente, cuando Jesús viene a su pueblo de Nazaret y se encuentra con la incredulidad de sus conciudadanos: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, Joset, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros?» (Mc 6,3). En esa ocasión la pregunta obvia debió ser: «¿No es este Jesús?». ¡No conocen su nombre! Lo identifican por su madre: «El hijo de María». En cambio, conocen bien el nombre de los otros cuatro, que, aunque son llamados «hermanos y hermanas» de Jesús, no son hijos de la misma madre. En la Biblia la palabra «hermano» indica cualquier relación de cercanía; para decir lo que nosotros entendemos por «hermano» se dice: «hijo de su madre». El evangelista evita absolutamente decir: «Llegan su madre y los hijos de su madre». Queda así expresado que Jesús es el hijo único de María.

Como suele hacer Jesús, aprovecha las circunstancias para comunicar su enseñanza. En este caso dado que la atención está en sus parientes carnales, Él establece un nuevo modo de parentesco con Él mismo: «"¿Quién es mi madre y mis hermanos? ". Y mirando en torno a los que estaban sentados a su alrededor, dice: "Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre"». Nadie puede pretender ser «madre de Jesús», excepto María. Pero todos hemos sido llamados a ser hijos de Dios y, por tanto, hermanos de Jesús: «Uno solo es el

Padre de ustedes... ustedes son todos hermanos» (cf. Mt 23,9.8). Por eso, nos manda a nosotros orar diciendo a Dios, que es su Padre: «Padre nuestro...». Pero debe cumplirse la condición expresada por Jesús para ser su hermano: «Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana». Por eso, es hermano de Jesús y puede llamar a Dios «Padre», quien agregue sinceramente esta petición: «Hágase tu voluntad en la tierra...». Muchos recitan el Padre Nuestro, pero no lo hacen sinceramente, porque no quieren que se cumpla la voluntad de Dios respecto de muchos puntos. En estos días el presidente de Chile anunció la presentación de un proyecto de ley de aborto libre. Él no puede recitar el Padre Nuestro, porque no sería honesto al decir: «Hágase tu voluntad». Y lo mismo se debe decir de todos los que apoyen esa ley, porque se opone radicalmente a la voluntad de Dios que nos manda: «No matarás». No podemos «engañar a Dios, rogándole: «Hágase tu voluntad» y, luego, procurando lo que es contrario a su voluntad.

Habíamos dejado esperando a los escribas venidos de Jerusalén. Ellos reconocen que Jesús expulsa los demonios, es decir, que ha liberado a quienes estaban poseídos por el demonio; pero se niegan a ver la evidencia y concluyen en la más falsa de las afirmaciones que puede hacer un ser humano: «Está poseído por Beelzebub y por el príncipe de los demonios expulsa los demonios». ¡Que Jesús mismo esté poseído por el príncipe de los demonios! El mismo demonio, que es «el padre de la mentira», en este punto está menos errado que ellos, pues ante Jesús reconoce: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres Tú: el Santo de Dios» (Mc 1,24). Jesús, con admirable paciencia, trata de sacar a esos escribas de su error, por medio de comparaciones –parábolas– diciéndoles: «Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir... Y si Satanás se ha alzado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, pues ha llegado su fin». Jesús vino a destruir a Satanás, vino a liberar a la humanidad de su poder, que lleva a la muerte y la destrucción, vino a darnos la «vida en abundancia». Pero en esos lugares que están cerrados a la acción de Dios y a su enviado Jesucristo –lo que el apóstol Juan llama «el mundo»– sigue siendo verdad lo que Juan afirma: «El mundo entero yace bajo el poder del Maligno» (1Jn 5,19). Esta cerrazón absoluta a la gracia de Dios es lo que Jesús llama «blasfemar contra el Espíritu Santo». Acerca de esta condición Jesús declara: «El que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes bien, será reo de pecado eterno». Un ejemplo de esa blasfemia es la de esos escribas: «Es que decían: "Está poseído por un espíritu inmundo"». El único que puede

liberar al mundo del poder del Maligno es Jesús que nos previene: «En el mundo tendrán tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo emérito de Santa María de los Ángeles